

El capitán tomó la antorcha, y entró en la mina seguido de la mujer.

—¡Has sido un imprudente, Acbahr! exclamó Muza terriblemente contrariado por aquel desdichado acaso; ¡tú, solo tú, debiste acompañar á la cautiva! ¡Por Eblis que mi sino desdichado es mas lúgubre cada día! ¡enemigos por todas partes! ¡celadas continuas! ¡servidores imbéciles!

—Señor, murmuró inclinándose el esclavo, yo he creído oírte llamar hermano al capitán.....

—Sí, y tú que has nacido en Africa; tú, que sabes que para un buen musulmán son sagradas cosas las armas, el caballo y la mujer del que ha comido con nosotros bajo un mismo techo el pan y la sal, crees que todos los hombres son así. ¡Oh! ¡imbécil! puede un hombre esponer sus tesoros, su libertad, su vida por la salud de un amigo; pero como asegurar que ese mismo hombre no nos hará traición si entre él y nuestra amistad se coloca una mujer.

¡Vamos, sígueme! gritó Muza precipitándose á la galería que conducía á los subterráneos; es preciso que el capitán no esté mucho tiempo cerca de esa mujer.

—Es que, señor, el rey ha cercado de guardas tus jardines despues de la salida de la cautiva, y es imposible escapar por otra parte que por la torre de las Almenas.

Muza rugió de cólera.

—¡Que venga, gritó, Abd-el-Kerim, mi katib!

—Está en el alcázar del rey, señor.

—¡Pronto mi caballo! gritó Muza; ¡mi pendon! ¡mis ginetes! es preciso que yo rompa de una vez el círculo de hierro de mi horóscopo.

Acbakr salió, y un momento despues resonaron los atabales y los clarines del emir, que se ceñía en tanto apresuradamente sobre sus galas un arnés de batalla.

Por primera vez un sentimiento de celos y de odio germinaba en su corazon ; por primera vez maldijo la debilidad del rey, que sitiado por enemigos poderosos , exhausto de dinero , falto de mantenimientos para su ejército, encerrado como una mujer cobarde en su alcázar, se ocupaba en tañer y cantar amores á las mujeres de sus vasallos. Se empañaba lentamente en su corazon el terso esmalte de amistad y de amor que profesaba al capitan Vargas, y le parecia que le hacia traicion en las revueltas del subterráneo con aquella mujer á quien amaba ya con delirio, y á quien solo debia un frio agradecimiento por haberla librado de la dura esclavitud del infante Sidy Alhamar. Recordaba que durante dos horas la habia conducido rodeando su esbelto y flexible talle con su brazo tembloroso sobre el arzon de su caballo, y que ella, en cuyo semblante estaba retratada la pureza de una vírgen, no habia contestado ni con una solo mirada pudorosa al inmenso amor que de improviso se habia apoderado de su alma á la vista de su hermosura.

Entonces, volviendo la vista á su pensamiento donde estaba grabada tenazmente la imágen de Schamsul-Ilemal, creyó encontrar en ella mucha semejanza con la sultana Aixa ; por la primera vez de su vida, caballero infiel á los secretos de una dama, corrió sobresaltado al cofrecillo de hierro que habia dejado con el de ágata, en el que guardaba las siete hojas

de laurel, en un nicho afiligranado del muro: le tomó entre sus manos y le examinó.

Sobre la tapa del cofrecillo estaban cincelados en el enmohecido hierro los cuarteles de un blason castellano demasiado conocido para él, por haberle visto cien veces en la adarga de un caballero cristiano, grande amigo de Abou'l-Hassan, que en vida de este rey solia pasar largas temporadas dentro de los muros de la Casa del Gallo ó de la Alhambra.

Era este caballero don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, uno de los primeros capitanes que asistian con sus lanzas y mesnadas en el ejército de los reyes Católicos.

Irresoluto, tembloroso, dejó Muza por tres veces el cofrecillo, y otras tantas le volvió á asir y á clavar la vista en los blasones de su tapa.

—Y bien, dijo, mi alma es bastante depósito para un secreto, y aqui tal vez encuentre alguna luz que aclare las tinieblas del oscuro laberinto en que me encuentro.

Pero dudó aun; su nobleza le hacia recordar la confianza de la sultana, que le habia entregado sin vacilar tal vez su honor, su porvenir, su vida.

Y á pesar de todo, su amor, sus celos, cien pasiones encontradas triunfaron en fin de su conciencia; en un momento de escitacion arrojó con fuerza el cofrecillo sobre el pavimento de mármol, y la tapa saltó, no pudiendo resistir la pujanza del golpe.

Un medallon de oro, un rizo de cabellos y un rollo de pergaminos rodaron dél.

Y Muza clavó su mirada avarienta en el medallon, y vió un retrato de hombre, jóven y hermoso, en la

fuerza de la juventud, como él había visto en su infancia al conde de Cabra, cuando le sentaba sobre sus rodillas y acariciaba su rosado semblante con sus membrudas manos de guerrero.

Y examinó el rizo, perfumado, sujeto en un lazo de oro y brillantes, rizado, fino y sedoso como el de una niña, y de color castaño oscuro.

Y desenrolló los pergaminos, y encontró en ellos cartas de amores, y juramentos tiernísimos escritos con sangre.

Muza había descubierto unos amores criminales en el misterioso cofrecillo de la sultana; pero su infidelidad había sido inútil; nada sabía mas que antes acerca de Schamsul-Ilemal.

Guardó cuidadosamente aquellos objetos junto con las hojas de laurel en las fuertes arcas de su tesoro, y trémulo, avergonzado de sí mismo, llamó al esclavo.

—Señor, contestó Acbakr apareciendo en la puerta, tu estandarte ondea, tus almogavares esperan, y tus walies cabalgan al frente de ellos.

—Toma esta caja, le dijo Muza, recátala cuidadosamente y llévala á mi armero; que al momento en secreto, componga de tal manera su cerradura, que ni yo mismo pueda notar que ha sido rota. Vé.

Acbakr partió á la carrera; Muza bajó á la plaza de armas de sus cuarteles, cabalgó en el valiente Samyel, y seguido en silencio de su alferez, de Naim Reduan, de Mohamet-Ebn-Zaide, sus walies, y de sus almogavares, salió por la torre de las Almenas, dió vuelta á la Alhambra, y se presentó en la puerta del Juicio.

Entonces un hombre, ginete en un asno, con traje de astrólogo, cubierto el semblante con la toca, recibió un pergamino enrollado y sellado que le entregó un xeque almoravid, y seguido de este y de diez ginetes á manera de guardas, se alejó al paso de su asno, pasando sin inclinarse ante Muza, que en aquel momento descabalgaba, y llena la mente de sombríos pensamientos, no reparó en él.

El émir se hizo anunciar al rey.

Un momento despues, precedido de dos pajes, atravesó el patio del Grande Estanque, luego el de los Leonés, despues el retrete de las Dos Hermanas, y se detuvo ante el mirador de Lindaraja; donde, reclinado en un divan, entre dos esclavas medio desnudas, una de las cuales alejaba dél el humo de los perfumes con un gran abanico de plumas; casi perdido en la muelle oscuridad producida por los dobles tapices de seda y púrpura que cubrian agimeces, transparentes y celosias; halagado por el rumor de las fuentes y el canto de los pájaros, estaba el rey Abou-Abdallah, con la cabeza destocada, la túnica desceñida y los piés desnudos; una de sus manos se posaba en el hombro de su esclava favorita que estaba dormida sobre su pecho, y con la otra se divertia en lanzar hasta la cúpula un polluelo de azor, que volvia á posarse sobre el dedo de su señor.

De pié, inmóvil, respetuoso se veia al noble anciano Abd-el-Kerim, con los brazos cruzados sobre su pecho y las manos perdidas en las mangas, y mas cerca del rey, tras el divan, inmóvil tambien y silencioso, el jefe de los eunucos.

Antes de que los pajes pudieran anunciar á Muza,

penetró hasta el rey el áspero erugir de su arnés y se incorporó receloso sobre el divan, á tiempo que un paje gritó con voz sonora desde la puerta: —El alto y poderoso emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Abou-Abdallah indicó con un indolente ademán que podia entrar Muza, y este se adelantó, hincó una rodilla en tierra y saludó profundamente al rey.

—¡Ah! eres tú, mi valiente emir, dijo el rey lanzando en el aire su azor; por cierto que deseaba verte, puesto que hasta ahora solo he podido preguntar acerca de cierta esclava á tu katib, el severo Abd-el-Kerim, que tanto me ha contestado como hubiera podido hacerlo el walí de mis eunucos.

—No te comprendo, señor, contestó Muza con la mayor serenidad.

—¿A qué vienes pues? repuso el rey; ¡ah! no habia reparado en tí; eres el terror de mis mujeres y de mis pajes, Muza; mira como Lelia retira de tí los ojos con repugnancia; vienes manchado de sangre, emir.

En efecto, por resultado de la lucha de la noche anterior con Sidy Alhamar algunas gotas de sangre manchaban el jaco de Muza.

—Son arras de mi oficio, señor, contestó Muza visiblemente contrariado ante la molición vergonzosa del rey.

—¡Oh! cuando como tú se recogen *hermosas presas*, contestó el rey con intencion, no es mucho que se tenga amor á la guerra, emir; yo, á quien llaman con cierta verdad el Zogoibi, no le tengo mucha voluntad desde la jornada de Lucena. ¡Oh! buen cautiverio me costó y gran rescate á mi madre. Es-

to es mejor, continuó señalando alternativamente con la vista á las dos hermosísimas esclavas, mucho mejor cuando se tienen vasallos valientes. Por Allah que tú solo, emir, pudieras poner en duda esa mi ponderada desventura. Tú eres mas dichoso; entras en la tierra de los cristianos y cautivas sus esclavas y sus mujeres, sin que el rey te deba su parte de botin, sin que elija para su harem entre tus cautivas, sin que sepa á donde vas y de donde vienes; ¿quieres mas?

—Quiero, repuso Muza, que se respeten mis fueros de emir y de caballero; quiero que mi casa no sea allanada, ni rondados mis miradores, ni llenos mis jardines de esclavos armados como se hace con los traidores y los villanos.

El rey se levantó ceñudo al escuchar las últimas palabras de Muza.

Y sacó de entre su túnica un pergamino, y le mostró al emir.

El pergamino, escrito por una mano desconocida, decía:

«Señor: Muza, tu emir, ha robado esta noche una mujer cuya posesion le hará invencible. Esa mujer te pertenece, rey, sino quieres verte arrojado de tu trono por la traicion. Apodérate de ella, y que un seguro encierro la aparte para siempre del emir.»

—¿Y cuando has recibido este pergamino? dijo Muza.

—Hace dos horas, contestó el rey, por un hombre que lo dejó á la guarda de la Alhambra y desapareció.

—¡Oh! ¡estamos cercados de traidores! murmuró

Muza; despierta, señor, despierta, porque tu sueño es de muerte.

El semblante del rey se cubrió de una nube sombría, y miró, lanzando relámpagos de cólera por sus ojos, al emir.

—¡Oh! ¡tú la amas, gritó furioso, y quieres fascinarme! ¡yo la amo también, vasallo, y quiero esa mujer. Yo la he visto entre tus miradores acompañada de un cristiano, y quiero la cabeza del cristiano. ¿Lo entiendes? ¿dices?

—¡Señor...! murmuró Muza conteniéndose á fuerza de su lealtad.

—Yo amo á esa mujer hace mucho tiempo, continuó el rey, yo la he visto en sueños; yo he visto también á ese cristiano con la espada desnuda tras mí en una vision de sangre; estoy cercado de traidores y de asesinos por doquier, y hasta mis esclavas me dan pavor.

Y el desdichado rey, estremecido, pálido, con la espresion de la insensatez en los ojos, cruzados los brazos sobre el pecho cual si pretendiese defenderle así de una puñalada, se replegó en el ángulo del divan.

—¡Hermano! ¡hermano mio! gritó Muza asiendo las manos del rey (1).

—Sí, yo la amo, dijo el rey volviendo á su pensamiento dominante; la ví esta mañana mas pura y mas hermosa que el alba que aparecia sobre los montes; tú la amas también. Pues sea. Hazla tu esposa; pero déjame ver sus ojos, hermano mio, y la amaré como á una hermana.

(1) Decíase que Muza era hijo bastardo de Abou'l-Hassan y de una cristiana.

Muza se estremeció; amaba al rey; pero conocia la inconsecuencia de su carácter; compadecíale débil é insensato, llorábale desgraciado y temíale cruel.

—Quema ese pergamino, le dijo el rey, que no merece otra cosa escrito que mancha tu lealtad; qué-male, y ámame siempre, pero déjame ver á tu esclava.

—La verás, señor; contestó Muza arrojando el pergamino en uno de los perfumeros.

—¡Ahora! dijo el rey con la impaciencia natural de su carácter.

—¡Ahora, señor!

—Sí, al momento, contestó el rey con imperio.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, en quien la lealtad de caballero dominaba á su amor de hombre; cúbrete, señor, de tus vestiduras reales y vamos.

Poco despues el rey Abou-Abdallah, gallardo y hermoso, á pesar de que habia llegado á sus cuarenta años, ginete en su soberbio caballo, llevando á su mano diestra al emir y á la izquierda su alwacir, salió de la Alhambra por la puerta del Juicio, seguido de los almogawares de Muza.



...y ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...

XI.

...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

Por la primera vez en su vida se habia visto solo el jóven capitan Gaston de Vargas con una mujer tan hermosa como la que le habia confiado en su imprudencia africana el esclavo Acbahr.

Pareciale á aquel un cuento de brujas y encantados, como los que habia oido contar á las dueñas de su madre en su vieja casa solariega, y sintióse arras-trado, dominado por su espíritu aventurero y atre-vido, junto á aquella mujer en aquella mina solitaria.

Ella tambien por la primera vez habia mirado fren-te á frente á un hombre, y sentíase llena de un sen-timiento vago, indefinible, nuevo para ella.

Entrambos andaban y callaban.

De repente ella se detuvo, y dijo en árabe al capitán.

—¿Dónde me llevas?

El capitán entendía tanto el árabe como el hebreo, y su semblante se cubrió de la triste expresión de quien no puede contestar á palabras que desea comprender.

Ella repitió su pregunta en castellano.

Una expresión de inmensa alegría se pintó en los ojos de Gastón.

—Lo ignoro, hermosa señora, contestó.

—¡Esclava de una mujer! dijo meditando Schamsul-llemal; ¿y no sabes tú otra salida que nos saque libres de Granada?

—Tanto como tú, contestó Gastón.

Tras estas palabras los dos jóvenes siguieron en silencio la mina adelante.

A medida que avanzaban era mas lento su paso, como si temiesen concluir demasiado pronto su travesía: tal vez sin darse razón de la causa entrambos deseaban prolongar todo lo posible su estancia solitaria en la mina.

De vez en cuando Gastón lanzaba una furtiva mirada á Schamsul-llemal, y alguna vez aconteciale encontrar sus grandes ojos negros fijos en él; bajaban entonces los dos la vista y volvían á encontrarse sus miradas pasado un momento.

Al fin Gastón comprendió que no era indiferente á la joven y se atrevió á rodear un brazo á su cintura. Estremecióse ella, y escamó:

—Mal guardador eres de mujeres, capitán.

Gaston tartamudeó algunas escusas.

—Has pensado mal de mí, le dijo la niña deteniéndose y fijando en él una dulce mirada de reconcion.

—¡Ah! es verdad, dijo Gaston, habia olvidado que amas á Muza.

Schamsul-Ilemal hizo un gracioso mohín de disgusto, y contestó:

—¡Yo no amo al emir! le respeto y le profeso agradecimiento; pero yo no puedo pertenecer á un infiel, porque soy cristiana.

Gaston dió un salto de alegría, que le puso en grande peligro de herirse en la bóveda de la mina.

¡Oh! es verdad, dijo; hablas perfectamente el español, eres castellana, cautiva tal vez. ¿Y de qué familia?

—No la conozco. Me he criado en el castillo de Schalobanyah, (1) cercada de gentes estrañas, contestó Schamsul-Ilemal con un acento tal de dulzura, que el capitán creyó encontrar una amante conmocion en las palabras de la jóven.

Despues de esto, ella, tal vez por cubrir la espression de su semblante, echó el velo de su toca sobre la frente; y él, temeroso de enojar tal vez á la dama con miradas indiscretas, se adelantó un tanto precediéndola á través de la mina.

Gaston de Vargas, hijo de uno de los mas hidalgos troncos de la nobleza castellana, rico, valiente y jóven, era de carácter resuelto, emprendedor, audaz, y dotado de una franqueza sin limites. Profes-

(1) Salobreña.

saba una verdadera amistad á Muza, y se sentia dominado por el prestigio del heroismo de aquel desventurado caballero, tan noble, tan leal, tan cumplido. Gaston sabia que amaba á Schamsul-Ilemal, y comprendió que si bien él á su vez habia sucumbido como Muza al primer encuentro con la inmensa belleza de aquella misteriosa mujer, debia dejar venir los acontecimientos, ser leal al emir, y esperar á que desengañado él de lo imposible de sus amores, dejase á la jóven en libertad de elegir entre los dos.

Por otra parte, aunque ella le habia mostrado cuanto puede mostrar una mujer pura, un afecto mas que vulgar, temia la inconsecuencia propia de la raza de Eva, y que, como aquella primera madre, no fuera entre él y Muza una manzana fatal.

Por la primera vez Gaston era prudente; hasta entonces se habia dejado arrastrar de los acontecimientos, confiado, loco, sin mirar al porvenir; pero entonces amaba, y sabido es que el amor suele transformar á los insensatos en pensadores, y á los pensadores en furiosos.

Ella no se tomaba el trabajo de meditar, estaba predestinada á un grande objeto por el destino, y se dejaba arrastrar de él.

Al fin terminó la mina, y la luz de la antorcha alumbró una pequeña puerta chapeada de hierro.

Gaston levantó la mano para llamar.

—Espera, le dijo Schamsul-Ilemal; tal vez nos separaremos en breve, y quiero que conserves una memoria mia.

La jóven desprendió un joyel de diamantes que sujetaba sobre su toca las anchas y largas trenzas de

sus cabellos, que calleron á su espalda, y le entregó á Gaston. —Escucha, añadió ella poniendo una de sus pequeñas manos sobre el hombro del capitán; hasta ahora tú eres el primer hombre cuya presencia no me ha molestado, y á quien mis ojos no han mirado con desden. Este joyel es una prenda mágica; si alguna vez deseas verme ponlo sobre tu corazón cuando guarde ese deseo, y aunque me circunden torres y cavas, aunque me guarden en un arca cerrada con los siete sellos de Dios llegarás hasta mí.

Gaston recibió temblando el amuleto, porque á pesar de su poderoso aunque naciente amor, no era bastante á curarle del horror que le inspiraban los hechizos.

Quizá tuvo miedo al lado de Schamsul-llemal, y llamó con el extremo de la antorcha en la puerta de hierro.

Nadie contestó.

Gaston repitió hasta tres veces la llamada.

Oyóse entonces una voz de mujer tras de la puerta.

—¿Quiénes sois y qué quereis? dijo en árabe.

—Somos, contestó Schamsul-llemal, cautivos del emir Muza Ebn-Abil-Gazan, que suplica á la poderosa sultana Aixa les guarde ocultos en su alcázar.

No contestó la voz, pero oyóse una llave rechinando en una cerradura; y la puerta se abrió.

Schamsul-llemal y Gaston se encontraron ante la sultana en el extremo de un magnífico jardín, junto á una cascada y bajo una bóveda de verdes cipreses.

Aixa tornó á cerrar la puerta, y fijó alternativamente su severa mirada en los jóvenes.

Schamsul-llemal había echado atrás su velo; Gas-

ton se habia despojado respetuosamente de un bonete moruno que habia tomado en el retrete de Muza, dejando flotar al aire los sedosos rizos de su rubia cabellera.

—¿Cautivos sois de Muza? les preguntó la sultana posando de una manera avarienta su mirada en la jóven. ¿Y por qué mi hijo os envia á mi alcázar?

—Lo ignoro, señora, dijo ella; llévanos ante la sultana.

—Yo soy, contestó Aixa: seguidme.

Gaston arrojó la antorcha á las aguas, y aunque no comprendia el árabe comprendió que debia seguir á una distancia respetuosa á aquella noble dama, que harto mostraba en su continente su esclarecida alcurnia.

Y así anduvieron el jardín adelante entre acequias y flores, penetraron en una galeria oscura, subieron una escalera, y entraron en la misma cámara donde Aixa habia recibido á Muza, á Zoraya y á Sidy Alhamar.

—Eres tú mujer del harem de Muza, preguntó la sultana á Schamsul-llemal.

—Soy desde anoche su cautiva, señora, contestó.

—¿A quién pertenecias antes?

—Estaba aprisionada por el infante Sidy Alhamar.

La sultana palideció; aquella era la mujer que se le demandaba á precio de su honra.

—Sal y espera, dijo á Gaston que abismado en profundas meditaciones permanecia de pié junto á la puerta.

—No comprende la lengua árabe, señora, observó Schamsul-llemal.

—Castellano, dijo en buen español Aixa, sal de aquí.

Gaston frunció el gesto ante aquel imperioso mandato de sultana, se inclinó, salió á la galeria y se apoyó pensativo en un agimez.

Aixa entonces observó con ansiedad á la jóven; su frente nacarada, sus ojos negros, su mórbido cuello, todo su ser parte por parte fué objeto de la profunda mirada de la sultana.

—¿Cómo te llamas? la preguntó.

—Los que me han criado, contestó con rubor la niña, me han llamado, sin duda por amor, Schamsul-llemal (*Sol de la hermosura*).

—¡Oh! y no han mentido, jóven, contestó con emocion Aixa. ¿Y quiénes son tus padres?

—No lo sé, contestó ella.

—¿Cómo, no sabes quienes son tus padres?

—Solo recuerdo, como en un sueño, el semblante de una hermosa dama, que me besaba y lloraba sobre mi semblante en un palacio semejante á este. Yo amaba á aquella dama, y aunque solo guardo un recuerdo confuso la amo aun.

Schamsul-llemal fijaba en el semblante de la sultana una mirada tan fija y tan intensa como la que aquella posaba en la jóven.

—¿Y luego? exclamó Aixa.

—Luego, desperté un dia y me encontré en otro lugar; era un castillo triste y sombrío levantado sobre una roca junto al mar; me acuerdo perfectamente de él porque allí he vivido hasta hace dos primaveras. Era el castillo de Schalobanyah, me guardaban como á una prisionera, á pesar de servirme

como á una sultana. Todos los dias un cautivo cristiano entraba conducido por el alcaide, y quedaba solo conmigo durante mucho tiempo.

Aquel anciano de largos cabellos blancos, frente tranquila y mirada dulce, era un sacerdote de Cristo.

Aixa se levantó sobre el divan, y mirando severamente á la jóven, la dijo:

—¿Eres cristiana!

—Sí, soy cristiana, dijo la niña bajando tímidamente los ojos; soy cristiana, y como tal mi nombre es Isabel.

Aixa dió un grito terrible arrancado del fondo de su alma, y palideció de una manera mortal.

—¡Isabel! exclamó, ¡siempre ese nombre aborrecido! ¡Oh! ¡las Isabeles son mi destino! ¡antes Isabel de Solis, ahora Isabel de Castilla, esa niña también Isabel! ¡Oh! ¡señor Allah, cuan inexorable eres conmigo!

—¡Oh! señora, dijo con gravedad Schamsul-Ilemal, repara que lo que te digo es un secreto que á nadie he revelado mas que á tí; á tí, no sé por qué, pero yo te amo como un recuerdo ó como un sueño; cuando te ví ante mí á la salida de la mina temblé, porque me pareció ver en tí...

—¡Silencio, niña! dijo Aixa poniendo su mano sobre la boca de Schamsul-Ilemal y mirando inquieta en torno suyo; ¡silencio! ¡estamos rodeados de traidores!

Y se levantó cerrando cuidadosamente las puertas.

—Sigue, sigue, dijo con ansiedad la sultana sentándose de nuevo en el divan; pero habla en voz baja... ¡si nos escuchasen!

Schamsul-Ilemal prosiguió:

—El sacerdote me enseñó el habla y la escritura castellana, me reveló la religion de Jesus y me la hizo creer. Sus pensamientos eran dulces, como su semblante y su resignacion, porque habia sido hecho cautivo para que fuese mi maestro.

Y así pasaron diez años. Todas las primaveras el alcaide del castillo me hacia vestir con magníficas túnicas, me cubrían de joyas, y me encerraban en una litera cubierta por fuera con cortinas de seda muy tupidas y sujetas de manera que no las podia descorrer. Luego sentia que me levantaban del suelo y andaban; oia crugir el rastrillo, y luego pisadas de caballos y rechinar de arneses en rededor de mí; pero ni una sola palabra llegaba á mis oidos.

Y así caminábamos todo el dia por un camino montañoso, segun podia juzgar por el movimiento de la litera; y luego, venida la noche, ya tarde, sentia crugir otro rastrillo, abrirse otra puerta de hierro, y ruido de armas y soldados que detenia por un momento á los que me conducian. Durante el dia, en el espacio comprendido entre aquellos dos rastrillos, solo escuchaba ruido de esquilas, gritos de pastores, ladridos de los perros, como los de los rebaños que desde las torres del castillo de Schalobanyah veia pasar errantes en las montañas á orilla del mar.

Pero pasado aquel segundo puente, llegaba á mis oidos un rumor inmenso, pasos de hombres, gritos de vendedores; de vez en cuando un alarido lastimero tras un golpe de espada llegaba hasta mí y me estremecia. Luego detenia los caballos, se abria otra puerta, dominaba un silencio profundo y dejaban la

litera en tierra alejándose los hombres que la conducían.

Pasaba un momento y abrían la litera; entonces me encontraba en un patio alto y estrecho sostenido por columnas, y una mujer vestida de negro con una lámpara en la mano, asía de mí y me conducía á una habitacion magnífica cubierta de tapices y brocados, en el centro de la cual habia un divan de seda azul y pendiente de la cúpula una lámpara de nácar.

La mujer, que era muy hermosa, se sentaba junto á mí, y me preguntaba acerca del sacerdote, de su enseñanza, de mis creencias; un esclavo negro, mudo y sombrío, me servía manjares, y aquella mujer, despues de haberme dado otra leccion semejante á la del sacerdote, pero menos dulce, menos agradable, se retiraba dejándome sola y encerrada.

Yo sentia pavor dentro de aquel magnífico aposento lleno de flores, adornado de joyas, resplandeciente, con perfumeros cargados de aromas, con jaulas de oro en que habia pájaros de rico plumaje, con bulliciosos surtidores, y fuentes de alabastro en cuyo fondo habia peces de colores; pero los pájaros estaban mudos en sus doradas prisiones y los peces inmóviles en sus lechos de alabastro, porque les faltaba como á mí, triste tambien, la luz del cielo y las brisas del campo que son la alegría y la vida.

Y así pasaba siete dias, que yo contaba por las veces que venia á verme la mujer enlutada, siete dias que eran para mí una sola y tristísima noche.

Al cabo de ellos la mujer volvía á conducirme al patio, tornaba á encerrarme en la litera, poniase ésta en movimiento, y era de nuevo y de la misma

manera conducida al castillo de Schalobanyah, y á mi sencillo aposento donde mi alma se espaciaba respirando con placer las brisas del mar, y perdiendo mi vista ansiosa en sus lejanos horizontes de plata y azul.

Llegué á cumplir catorce años, y por primera vez me atreví á preguntar al sacerdote por mis padres; yo recordaba, como te he dicho ya, sultana, el semblante de una mujer que en tiempos lejanos besaba llorando mis mejillas y me estrechaba en sus brazos; y yo habia guardado en mi corazon aquel amor puro, soñaba con él y gozaba, porque desde entonces no habia rozado mis labios un beso de amor, ni habia visto mas rostro afable que el de mi pobre maestro.

Nada supo decirme; la tristeza moraba en mi corazon á pesar de ser mi carácter alegre y bullicioso.

Una noche, hace años, desperté estremecida; reinaba un silencio profundo, el mar dormia en calma; solo se escuchaba el paso de los atalayas en el adarvé; pero en medio de este silencio creí escuchar gritos confusos y lastimeros en la mazmorra situada bajo mi retrete, y en la que encerraban al sacerdote despues de haberme dado su leccion cada dia; me asomé al agimez y escuché; entonces percibí distintamente la voz del desdichado que luchaba y suplicaba á los soldados; luego su voz se apagó como si una mano tapase su boca; sonaron sordos pasos violentos, y al fin un golpe opaco como el de un hacha que corta sobre un tajo.

Luego percibí las pisadas y el crujir de las armas de los soldados que salian de la mazmorra, el golpe

estridente de su puerta de hierro, y luego un silencio aterrador. Estremecíme toda, y parecióme que un caliente y nauseábundo hálito de sangre llegaba hasta mí á través del respiradero de la prision colocado bajo el agimez.

Poco despues resonaron pasos en la galería; abrióse la puerta del aposento, y el feroz alcaide entró seguido de dos esclavas.

—Engalanad á Schamsul-Ilemal, les dijo.

Las esclavas se acercaron á mí, pero yo las rechazé y corrí al alcaide.

—¿Qué has hecho del cristiano? le dije.

—El cristiano duerme, contestó sombríamente el alcaide.

—Duerme sobre un lecho de sangre! le dije señalándole su caftan horriblemente rojo.

—Los muertos no hablan, contestó haciendo un gesto feroz el alcaide y dejándome sola con las esclavas.

Habian muerto al bueno y anciano sacerdote, temiendo tal vez que algun dia revelase mi existencia, que querian tener envuelta en un profundo misterio.

Yo le amaba, y su pérdida me trástornó; cuando volví en mí me encontré cubierta de galas y joyas, encerrada en la litera, y caminando sobre el mismo terreno montañoso que otras veces.

Aquella noche la mujer enlutada me condujo al retrete del divan azul alumbrado por la lámpara de nácar.

—Isabel, me dijo, que así me nombrabas siempre aquella mujer, has cumplido catorce años, y eres

hermosa como un ángel; ya no saldrás de aquí sino para ser esposa de un bizarro caballero, y despues que brille el sol de mi venganza.

Aquella mujer me habia dado miedo; en sus ojos habia leído mas bien el odio que el amor; sus consejos para mí siempre habian sido siniestros, siempre habian tenido por objeto una mujer á quien se me procuraba hacer aborrecer.

A pesar de mi repugnancia, llena mi imaginacion del funestó suceso de la noche anterior, me arrojé á sus brazos llorando, y la dije:

—Señora, han muerto á mi anciano maestro en el castillo de Schalobayah.

Rechazóme aquella mujer de sus brazos, me miró friamente, y dijo con violencia.

—Te han engañado, Isabel.

—No, no señora, la contesté, lo he oido yo, me lo ha dicho el alcaide, y su caftan estaba manchado de sangre caliente aun.

—¡Oh! contestó la mujer mirándome con fiereza; esa ha sido una horrible chanza del bravío Ali-Atar.

Calló un momento, y luego continuó.

—Mis enemigos triunfan; el poderoso señor que me protegia ha muerto y tengo que huir de la ciudad; mi hijo Sidy Alhamar queda encargado de tu custodia, Isabel; ámale y respétale porque es hermano del que ha de ser tu esposo.

Dicho esto iba á salir, pero yo la detuve asiéndola por la túnica.

—Si es cierto que me destinas, la dije, para ser esposa de un hijo tuyo, tú no eres mi madre.

—¡Tu madre yo! esclamó con furor la mujer; no:

tu madre era una miserable adúltera, una mujer que te abandonó á la muerte, y que te hubiera hecho perecer, á no ser por mí que te salvé á pesar del odio que la profeso; tu madre es una infame que me arrebató mi suerte, el trono de mis hijos, la gloria de mi raza.

Aixa se agitó convulsiva en el divan y sus ojos lanzaron relámpagos de cólera.

—¡Y tú lo creíste! exclamó asiendo las manos de Schamsul-llemal y mirándola con una ansiedad terrible.

—¡Ah! no, no señora, yo no la creí, porque no podía creer nada de una mujer que llamaba una chanza la muerte del anciano sacerdote.

Las profundas rugas de la frente de Aixa desaparecieron.

—Sigue, hija mia, sigue, la dijo estrechando dulcemente sus manos.

—Quedé sola, prosiguió Schamsul-llemal, y poco despues un mancebo, hermoso pero de semblante siniestro como la enlutada, entró: me dejó manjares, y me anunció lacónicamente que era Sidy Alhamar,

Pasó algun tiempo sin que viese á otra persona que á él y á mis esclavas mudas, las mismas del castillo de Schalobanyah, hasta que en una ocasion entró Sidy Alhamar acompañado de otro jóven pálido, de semblante macilento y reflexivo, vestido á la castellana, y con cabellos largos sujetos por un birrete de terciopelo negro.

Marchose Sidy Alhamar y me dejó sola con aquel hombre.

—Yo soy Sidy Yahye, me dijo sentándose fami-

liarmente junto á mí en el divan y pretendiendo asirme una mano que yo retiré.

Mi desvío le irritó ; díjome que me conocia por haberme visto muchas veces á través de las celosías de la cúpula, que me amaba con frenesí, y que estaba resuelto á anticipar nuestra union antes del plazo preciso. Me pintó con los colores mas vivos su pasión , su porvenir, y sus proyectos de ambicion ; me puso ante los ojos un trono, y me exigió amor.

Yo tenia miedo á su lado y le hice concebir esperanzas.

Salió á su vez y quedé sola. Mi espíritu se entristeció ; me veia abandonada, sin amparo, en poder de gentes ambiciosas que se servian de mí tal vez como de un medio para realizar alguna ruin venganza ; el misterio de mi existencia me aterraba , y pensando en mi mala estrella me dormí.

Entonces, señora, apareció ante mi espíritu una vision ; ví que el humo de los pebeteros se condensaba hasta cubrir las formas del retrete, dejándole velado en una niebla confusa ; luego aquella niebla tomó formas y colores sombríos, y me encontré en un retrete octógono alumbrado por lámparas mortuorias.

En los muros de aquel retrete se leian nombres de hombres escritos con sangre ; bajo ellos armas y pendones de formas estrañas y variados colores, y en torno ; sobre el pavimento de mármol negro, habia ocho divanes ricos y resplandecientes como tronos ; el uno estaba vacío, y sobre los siete restantes asenaban siete viejos negros con barbas y cabellos blancos, envueltos en mantos de púrpura , con coronas

de laurel en las cabezas, y largas espadas de guerra desnudas en las manos.

Yo me estremecí de terror, pero el mas anciano de los negros me dijo :

—No tiembles, Schamsul-llemal, tu pureza te protege; ella es la que preside tu estrella y pone en tus manos el destino de un gran pueblo.

Eres cautiva, y los que te cercan abusarán de tu inesperienza y de tu debilidad; se servirán de tí para ruines venganzas, y luego te abandonarán al escarnio y á la deshonra, sino te protege un poder superior que ellos mismos pondrán en tus manos sin saberlo.

La mujer que te tiene cautiva es enemiga de tu madre, á quien te robó en la cuna; el hombre que desea ser tu esposo y siente por tí un amor impuro es un traidor enemigo de su patria, á par que su hermano, en mal hora nacidos ambos en los dominios del Islam; es necesario que esa mujer y esos dos hombres perezcan.

—¿Y qué he de hacer? contesté temblando.

—Cuando mañana, me contestó el viejo, llegue junto á tí Sidy Yahye y te pida amor, concédeselo con una condicion.

En el tesoro de los reyes de Granada se guardaban dos talismanes poderosos, cuya virtud ignoran los sabios de la tierra. El uno es un collar de brillantes con una esmeralda pendiente de él, en que está grabado el sello de Salomon, que defiende de la violencia y de la impureza á la mujer que lo posea; y el otro un broche de diamantes que cumple los deseos licitos del que le pone sobre su corazon.

El primero fué depositado por Eblis en la Torre de los Gigantes de Toledo, y guardado bajo siete sellos á la aparicion de las razas del Norte sobre las regiones del Mediodia, y le sacó de él la Kaaba durante el reinado del rey godo don Rodrigo; el segundo fué donado por una huri al rey Al-hhamar el Magnifico, y entrambos han pasado de rey en rey hasta Abou'l-Hassan, que los entregó á la cristiana renegada Isabel de Solis despues de sus desposorios. Si ella hubiera sido pura como tú, el reino de Granada hubiera estendido sus fronteras en las tierras del cristiano, porque Abou'l-Hassan hubiera sido invencible.

Ese collar y ese joyel están aun entre las joyas de la reina Zoraya, y te serán entregados por Sidy Yahye en el momento que se los pidas á trueque de tu amor.

Calló el viejo, y tornó á aparecer la niebla, condensose, se esclareció á su vez y desperté.

Estaba en mi retrete; pero habia sido tan singular el sueño que lo tuve por aviso de Dios.

A la noche siguiente tornó Sidy Yahye; venia cubierto de galas y mas pálido, mas sombrío que la vez anterior.

Tomóme una mano que yo le abandoné, y alentado por mi concesion quiso abrazarme.

—No, infante, le dije, no seré tuya hasta que me traigas todas las joyas de tu madre y yo elija entre ellas las que mas me agraden.

Miróme el infante con estrañeza; pero yo insistí.

—¿Y serás mi esposa en el momento en que te haga ese don? dijo el infante.

—Te lo juro.

Entonces salió, y tornó dos horas despues trayendo un cofrecillo que abrió ante mí sobre el divan.

Sobre un mar de fuego, producido por los destellos que lanzaban las riquísimas joyas de que estaba henchido el cofrecillo, ví una cajita de tafíete rojo bordada en oro sobre el que estaban pintadas las armas de Al-hbamar el Magnífico. Toméle y le abrí. Dentro encontré el collar y el joyel. Era imposible equivocarlos, ellos solos brillaban mas que todos los diamantes y perlas juntas que guardaba el cofre.

Entonces, como por juego puse el collar sobre mi seno y prendí el joyel á mis cabellos.

El infante dió un grito de admiracion y quiso abrazarme; pero sin que yo me opusiese, una fuerza superior le repelió de mí.

—¡Oh! ¡es un talisman! dijo furioso queriéndome arrancar las joyas, pero fué inútil; desde aquel dia he vivido defendido de ellos, hasta anoche que imprevístamente me ví libre por el emir.

He aqui, señora, todo lo que sé de mi historia; el collar es este que ves.....

—¿Y el joyel? la preguntó Aixa.

—El joyel, contestó la jóven ruborizándose, pertenece al capitán castellano que me ha traído hasta aqui.

Aixa levantó los ojos al cielo, dos lágrimas se deslizaron de sus ojos, y un recuerdo lejano y querido pasó por su mente.

—¡Cúmplase lo que está escrito! exclamó.

Y abrazando á la jóven la besó en la boca.

En aquel momento en que entrambas mujeres se adivinaban, en que estrechamente abrazadas mierzcla-

ban su aliento y sus lágrimas, un ruido potente y confuso penetró por los agimeces en el retrete; luego se percibieron gritos furiosos, choques de armas y estampidos de arcabuces.

A pesar de ser los motines y los combates cosa demasiado comun en Granada, las dos mujeres se separaron despavoridas y corrieron á la galeria, en uno de cuyos agimeces esperaba Gaston de Vargas.

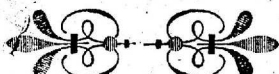
Cuando Aixa y Schamsul-Ilemal llegaban á él, una bala arrebató de la cabeza de Gaston el bonete y fué á clavarse silvando entre las labores del muro.

Schamsul-Ilemal dió un grito, y cayó desmayada en los brazos del capitan, mientras Aixa, fiera y activa, llamaba á grandes voces á los esclavos:



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



XII.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Aquel tumulto era producido por el populacho, la gente menuda y los descontentos, y preparado de antemano, que así es como suele moverse el pueblo, máquina poderosa, pero que necesita un impulso, acabado el cual vuelve á su inercia.

La terrible guerra encendida entre Abou'l-Hassan, su hermano Abdallah-al-Ssagar y su hijo Abou-Abdallah-al-Ssagirh; aquel juego de ajedrez en que se tiraban tan terribles jaque mates; del que eran tablero, torres, caballos y peones, Granada con sus castillos almenados y sus hombres de guerra; aquella continua alternativa de mando en que era tan fre-

cuenta ver á un mismo tiempo á un rey en la alcazaba del Albaicin, á otro en el castillo de la Alhambra, y al tercero gineteando alrededor de los muros, atizando en el interior la discordia para arrojarse como el halcon sobre su presa, en el primer trono de aquellos dos que fuese abandonado por su poseedor, para entrar en cabalgada sobre el real cristiano ó para apaciguar un motin provocado por sus rivales; las ambiciones de las sultanas Aixa y Zoraya, legítimas en la primera, insensatas y criminales en la segunda; la debilidad del Xequé, del Zagal y del Zogoibi, que así llamaba el pueblo á Abou'l-Hassan, á su hermano Abdallah y á su hijo Abou-Abdallah; el interés, las ambiciones y las enemistades crecidas y arraigadas en las tribus por efecto de esta lucha encarnizada, habian hecho imposible en Granada la unidad de pensamiento y la concentracion de fuerzas, tan precisas para rechazar á un enemigo poderoso, que al frente de un pueblo guerrero y conquistador se lanzaba sobre otro pueblo compuesto en gran parte de los restos de reinos conquistados.

En tanto Abou'l-Hassan habia muerto (quien dice que por yerbas que le dió su hermano el Zagal) en el castillo de Almunecab (1) el año ochocientos noventa de la egira (2); y despues de haber perdido las ciudades de Baza, Guadix y Almeria y muchas fortalezas de la costa, Abdallah-al-Ssagar, vasallo tributario ya de los reyes Católicos, pasó con su licencia á Africa, donde llevó sus tesoros y sus malos

(1) *Almuñecar.*

(2) *1485 de J. C.*

gradas ambiciones en otoño de ochocientos noventa y cinco de la egira (1).

Sin competidores ya el Zogoibi; único señor de su reino, creyó y no sin alguna razón; que reuniendo todo su poder se defendería de los cristianos y envió sus alimes y faquies (2) á publicar el *aliget* (3) contra los infieles por las villas y lugares del reino sobre cuyos castillos y atalayas ondeaba aun la bandera del Islam.

«Y no fué inútil diligencia (*dicen las crónicas de aquel tiempo*), que luego se revelaron contra los cristianos muchos pueblos: toda la serranía se juntó y tomó su voz (*la del rey*) y entre otros pueblos Adra, que está en la costa del mar, y Castel-Ferruh (4) y otros varios.»

Con estas fuerzas sitió algunos lugares tomados por el enemigo, cercó la villa de Alhendin, y la entró, arrasando la fortaleza y pasando á cuchillo el presidio de cristianos que habian dejado en guarda los enemigos.

Los reyes Católicos, por vengarse de esta falta de fe al vergonzoso tratado otorgado á ellos por el rey Abou-Abdallah sometiéndoles como vasallo tributario, entraron en cabalgada en la vega y talaron los panizos y mijo, única cosecha que se esperaba aquel año, pues en la primavera y verano habian quemado los sembrados y las mieses. Ni quedó reschica ni grande, ni mantenimiento que no fuere ro-

(1) 1490 de J. C.

(2) *Sabios y doctores.*

(3) *Guerra santa.*

(4) *Hoy Castel de Ferro.*

bado, ni aldea en la que no se cebase el incendio; y la escasez empezó á hacerse sentir en Granada.

En vano Muza lanzó contra los enemigos sus ginetes; en vano su lanza se tiñó en su sangre hasta el ristre; los cristianos entraron con treinta mil peones y doce mil caballos en la vega, como queda dicho, y asentaron sus reales en las fuentes de Guetar á dos leguas de la ciudad.

Tantos reveses exasperaron mas y mas los ánimos; y el pueblo estaba cada dia mas irritado contra el rey á quien miraban por su debilidad como odioso causador de los males del reino, y no temian llamarle públicamente traidor, cobarde, y enemigo de su patria y de su religion. Mas de una vez llegaron los motines armados á las puertas de su alcazaba clamando venganza, y en vano los xeques y faquies de la ciudad amonestaban al irritado pueblo.

Los bandos crecian con el desaliento, á medida que el hambre se mostraba mas cruel: y no faltaba por cierto quien en provecho suyo atizase estas discordias, y sostuviese secretas y continuas comunicaciones con el enemigo.

La sultana Zoraya, madre de los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, con ellos y con el infante Sidy Yahye Alnayar (1), su primo, hijo del infante Selim, señor de Almeria, muerto algunos años antes por su ventura, puesto que no vió la ruina de su patria, se habia amparado despues de la conquista de aquella ciudad al ejército de los reyes Católicos, al que asis-

(1) *Estos tres infantes se bautizaron en Santafé, y tomaron por nombre los primeros don Juan y don Fernando, y el tercero don Pedro, con el apellido y la denominacion de infantes de Granada.*

tian además algunas taifas (1) de ginetes abencer-
rajes.

Tal vez la ambiciosa Zoraya, mujer de carácter
soberbio; renegada de su religion por un trono, soñó
en sus delirios que una vez vencido el Zogoibi los
cristianos pondrian en la Alhambra á su hijo Sidy
Yahye, contentándose con tener en él un rey tribu-
tario; halagada por esta loca esperanza derramó los
tesoros que debía al insensato amor del viejo Abou'l-
Hassan, mantuvo dentro de los muros de Granada á
su hijo Sidy Alhamar, ya bajo los harapos del ju-
glar, ya con las tocas de médico, ó con la hopalan-
da de astrólogo, y tuvo en rehenes, encerrada en un
círculo misterioso, á Schamsul-llemal, de quien pen-
saba servirse para su venganza contra la reina Aixa,
arrojando en su regazo de madre, cristiana, deshon-
rada y muerta, á aquella niña prenda de un amor cri-
minal envuelto en las nieblas del misterio.

Con tales y tan terribles medios, Zoraya disponia
á su placer de la tranquilidad de Granada; tenia es-
pías en todas partes, y aun dentro del alcázar de Mu-
za, foco de la lealtad y de la valentia granadina, y
le eran conocidos secretos tan profundos como el lu-
gar donde guardaba Aixa misteriosamente las pren-
das de su criminal é infortunado amor.

Pero la entrada maravillosa de Muza en el secreto
retiro de Sidy Alhamar, el robo de Schamsul-llemal,
y el descubrimiento de papeles importantes que cau-
saron la prision de muchos caballeros de Granada, fué
un terrible golpe para Zoraya, que se decidió á ju-

(1) Banderas, escuadrones, en árabe.

gar el todo por el todo, poniendo en accion de una vez y con una audacia y una imprevisión infinitas todos los medios de venganza y de ambición.

Sidy Alhamar era valiente y activo; á su pensamiento seguía la ejecución, como sigue al relámpago el trueno; ser sorprendido por Muza, escapar, dar instrucciones á sus parciales, montar á caballo, llegar con la velocidad del rayo á Illora, donde estaba su madre con doña Maria Manrique, esposa de Gonzalo Fernandez de Córdoba, y volver disfrazado con ella á Granada, fué todo obra de un momento.

Al ponerse en movimiento la ciudad la noche anterior al grito de alarma de Muza, un observador hubiera notado algo extraño en algunos hombres que cruzaban presurosos entre las turbas que salían sonolientas de sus casas mal armadas y á medio vestir, quien con un arcabuz, quien con una espada. Aquellos hombres atravesaban como sombras las altas y estrechas callejas, llamaban á casas determinadas, cruzaban algunas palabras misteriosas con sus dueños, y se alejaban y se volvían á perder en las callejas para volver á llamar á otras cien y cien puertas.

Al amanecer, desvanecido el temor de la alarma, solo quedaban algunos grupos en las plazas y en los sitios mas públicos, y un rumor vago, indeciso circulaba entre ellos acompañado de amenazas y de insultos al rey.

Murmurabase que un cristiano, amparado por Muza, había venido de los reales enemigos para tratar con el rey la entrega de la ciudad, y que el toque de alarma no había sido mas que un pretexto para abrir las puertas entre el tumulto á los cristianos, y que la

indecisión de los traidores era solo lo que había hecho abortar el plan. Decíanse el nombre y las señas del castellano, y en la plaza de la grande aljama se señalaba con escándalo por algunos fanáticos el agimez roto de la torre misteriosa, por donde se decía que había robado Muza una dama musulmana.

Y como entre la plebe lo que primero es rumor luego es estruendo hasta convertirse en tempestad, se iba, se venía, se murmuraba, y en mas de un lugar los grupos habían llegado á ser turbas armadas.

Cuando el rey, acompañado de Muza y seguido de su pendon real, apareció en la puerta de Bib-Leujar (1) y bajó por la calle de los Gomerés, los almogavares se vieron obligados á deshacer á cintarazos los grupos de gente perdida y hambrienta que como atalayas avanzadas del motin ocupaban la calle. Las turbas corrieron á la plaza Nueva dando alaridos, maldiciendo y apellidando venganza, y al entrar en la plaza ya no eran grupos sino un gentio inmenso y rugidor que se agitaba furioso, pero contenido aun por el miedo; y sin que un grito determinado dominase el tumulto, confuso, incomprendible como el ruido del mar en la tempestad.

Muza, colérico, ceñudo, previendo la causa de aquel desacato, feroz en el momento del peligro, rodeó al rey de ginetes, afianzó la lanza sedienta de herir, aguijó el caballo y delante de todos á la carrera, seguido de sus ginetes, pasó como un vendaval sobre aquella turba atropellando cuanto se oponía á su paso.

(1) Hoy de las Granadas.

Entonces el motin estalló, oyéronse distintamente voces de muerte al rey y al emir, y algunas balas pasaron silvando entre los almogawares.

El rey, á pesar de su indecision, se irritó ante aquel insulto, arrancó su pendon de manos de su alférez, y levantándose sobre los estribos lanzó su grito de guerra.

—¡Le galib ile Allah! (1) exclamó con voz pujante; ¡Allah-Akbar! (2).

Y cambiando el pendon á la mano siniestra, y tomando de su escudero la pica de dos hierros, la arrojó entre las turbas, que se apoderaron frenéticas de aquella prenda real arrancada del pecho de un moribundo, y pusieron en ella su ensangrentado alquicel por bandera.

La plebe tenia un pendon de sangre, y ya no se oyeron mas que aullidos, disparos de arcabuz, gritos de mujeres, imprecaçiones y blasfemias.

Al arrojar el rey su pica, los almogawares, agrupados en su alrededor, se arremolinaron gineteando como en un torneo, se abrieron en círculo á la carrera, detuvieron un momento sus caballos, armaron sus ballestas y lanzaron sobre la multitud, que se atropellaba procurando huir, una nube de azagallas.

Corrió la sangre, y la plebe, á pesar de los esfuerzos de algunos ginetes mezclados entre ella y que al parecer eran los caudillos del motin, corrió á ampararse de las embocaduras de las calles, y en direccion á la de los Gómeres veíase huyendo entre las turbas el alquicel prendido en la pica del rey.

(1) *¡Solo Dios es vencedor!*

(2) *¡Dios es grande!*

Muza entregó la pica á su escudero, y se lanzó á la carrera espada en alto tras aquella sangrienta enseña; las piedras, los palos, las armas arrojadizas llovian sobre su arnés, rebotando én él como el granizo de la tempestad sobre las pizarras de una cúpula.

Un momento despues Muza habia arrancado de las manos del pueblo la pica real, y el terrible alquicel lanzado por la punta de su espada, fué á caer entre las masas.

El emir devolvía al pueblo su estandarte, que fué tremolado de nuevo y con mas furor en la pala de un hornero.

En un momento la gente del barrio de la Antequeruela y de Torres-Bermejas llenaron la calle de Gomerés.

—Señor, dijo Muza entregando la pica al rey, que se estremeció al mancharse las manos en sangre; esos perros han tomado bien la subida del alcázar y nada harán contra ellos los ginetes; á la alcazaba del Albaicin, señor.

Agrupáronse de nuevo los almogavares alrededor del pendon real, y Muza, dejando para despues el castigo de la plebe, temeroso de la seguridad del rey, que vestido de gala no llevaba otras armas que su pica y su espada, se lanzó á la carrera por la calle de Elveira (1), cuya embocadura abandonaron huyendo los curiosos y los amotinados que la ocupaban.

Entonces entre las turbas de la calle de Gomerés

(1) Ahora por corrupcion Elvira.

se levantó sobre los hombros de cuatro villanos un jóven, sin otras armas que una espada, y dijo con voz potente :

—¡A la Alhambra!

Era el infante Sidy Alhamar, que despues de haber tomado posesion en nombre del rey del aposento mas alto de la torre de Bib-Ataubin, y despojado de su traje de astrólogo, mandaba en las calles al pueblo contra el rey.

Las masas se precipitaron la calle arriba sobre la puerta de Bib-Leujar, pero la encontraron cerrada y defendida por ballesteros que habia sacado de su castillo á los primeros gritos del motin, el alcaide de las Torres-Bermejas.

Entonces, conociendo el pueblo que nada conseguiria contra aquella barrera inespugnable, gritó volviendo las espaldas á la puerta, y dejando ante ella como muestra de su paso algunos muertos por las ballestas de los soldados.

—Al Albaicin, á la alcazaba, al alcázar de Dar-la-Horra.

Sidy Alhamar desalentado, viendo frustrado el primer empuje, único momento en que puede tal vez triunfar el pueblo, arrojó la espada, tomó solo y blasfemando las altas callejas que conducen á la Antequeruela y se perdió entre ellas.

En tanto los amotinados, cada vez mas furiosos, se precipitaron sobre la plaza Nueva, inundaron la calle de Elveira, robando las casas que encontraban al paso mal seguras ó mal defendidas, y se lanzaron tras el rey, guiados por el rastro de muertos y heridos que dejaban tras sí Muza y sus almogawares.

Habian estos llevado adelante la calle de Elveira, y por la cuesta de Alacaba, la puerta Monaita y los muros de la alcazaba, habian llegado ante el alcázar de Dar-la-Horra, arrojando de sus alrededores las turbas de frenéticos, que al mismo tiempo que los de la plaza Nueva, habian cercado el alcázar y la alcazaba, y habian arrancado de un arcabuzazo el bonete de Muza de sobre la frente de Gaston de Vargas.

Pero la sultana se habia defendido como pudiera haberlo hecho el mas bizarro alcaide; activa, serena, impávida, habia mandado cerrar las puertas, habia estendido sus esclavos y su escasa guarda de amoravides en los agiméces, y el capitan Gaston, nombrado por ella su walí, recorria armado de una partesana que acaso le dió un soldado, los adarves, los jardines, las minas, atendiendo á todo, previniéndolo todo, como cumplia á un hombre de guerra y claro linaje.

El populacho en tanto gritaba:

—¡Muera la sultana Aixa!

—¡Que nos entreguen el cristiano!

—¡Que pongan en libertad á la dama!

Y entre todo esto, arcabuzazos, gritos, ayes, crujir de armas y gritos frenéticos de:

—¡Abajo el rey Abdallah!

—¡Abajo el Zogoibi!

—¡Abajo el renegado traidor!

Y de momento en momento se engrosaban las turbas con nuevos conjurados, y los gritos crecian, y los disparos se redoblaban, y solo Dios sabe lo que hubiera acontecido á no ser por la llegada del rey, del emir y de los quinientos almogavares, á cuya

vista los amotinados tiraron las armas y se dispersaron.

Restableciöse en tanto el silencio en torno del alcázar, abriéronse sus puertas, y el rey ceñudo, incómodo, contrariado, con la túnica y las manos manchadas con la sangre que habia tomado de la pica, se tiró del caballo y entró en el alcázar apresuradamente seguido de Muza: salvó, saltando la escalera, penetró en el retrete de la sultana, y jadeando, cubierto de polvo y de sudor, se arrojó blasfemando en el divan donde acababa de volver en sí Schamsullemal, que tornó á desmayarse al ver ante sí al rey descompuesto, pálido y cubierto de sangre.

Muza se detuvo sombrío ante la puerta, no tanto por respeto cuanto por haber visto de pié junto al divan mirando á Schamsullemal al capitán Vargas.

Este reconoció á Muza, y con una serenidad admirable se adelantó hasta él; en tanto que la sultana corria desalada á su hijo á quien amaba con frenesí.

—¿Vienes herido, señor? preguntóle con ansiedad, y la palidez de la muerte pintada en el semblante.

Abou-Abdallah lanzó una insensata carcajada.

—¡Herido! exclamó con fiereza. ¿Tiene esa turba ruin, armas bastantes para herir á su rey, ó pueden llegar hasta mí otra cosa que su sangre y sus gritos furiosos? ¡Agua, perfumes, ropas! exclamó el rey sin mirar á su madre que le contemplaba con amor; ¿qué hace esa esclava, añadió reparando en Schamsullemal apenas repuesta del terror que la habia causado el rey; que asienta á par mio y permanece inmóvil cuando escucha mi voluntad?

Schamsullemal se levantó sonrojada y fijó su vis-

ta en la alfombra, á tiempo que una hermosa esclava presentaba al rey una fuente de oro llena de agua de rosa, y otra le traia frascos de aceites aromáticos y perfumes.

El rey se dejó labar las manos y el semblante que se habia manchado de sangre al limpiarse el sudor, y miró sombriamente alrededor de sí donde solo habia personas silenciosas.

—¡Oh! dijo reparando con mas detencion en la jóven, tú eres la dama del mirador, la del romance, la de las carcajadas. ¡Oh! ¡bien.. .! ¡muy bien!

Muza, contrariado por sus celos, irritado por el carácter insustancial del rey que dirigia palabras triviales á una mujer, mientras hermosas esclavas lababan en su semblante y en sus manos la sangre del combate, exclamó :

—Atiende, señor, que no es ocasion ahora de otra cosa que de sofocar la rebelion que estalla á los pies de tu trono, y que tu emir espera tus mandatos.

—¡La rebelion ! dijo con desprecio el rey; el pueblo no es otra cosa que polvo, que necesita un viento fuerte que le levante de su impotencia, y que como el viento pasa sin dejar otras huellas que los surcos sobre que se ha arrastrado. La rebelion puede cegar al que la afronta, pero nada puede hacer contra el que le vuelve la espalda y la deja pasar sin cuidarse de ella.

—Pero la rebelion, señor, continuó Muza que tenia de tenaz lo que el rey de indolente, la rebelion arrojó á vuestro padre de su trono y os puso en él.

—Mi padre presentó la faz á la rebelion y cegó; he ahí todo ; escucha, nada se oye ; el viento ha pa-

sado, y cuando mas, solo quedarán algunos centenares de cadáveres como testigos de su remolino.

En efecto, nada se escuchaba; el valiente Reduan Venegas y otros alcaides de los castillos del muro habian sofocado la rebelion, matando á los pertinaces, ahuyentando á los débiles y prendiendo á los tardos. Y como para apoyar el dicho del rey, llegaron uno tras otro cuatro arrayazes (1) trayendo la nueva de la pacificacion de la ciudad.

La reina Aixa contemplaba con dolor la inaccion de su hijo, y temblaba al ver su tenaz mirada fija alternativamente en Schamsul-Ilemal y en Gaston de Vargas, en la primera con admiracion, en el segundo con odio.

—¿Y bien, Muza, dijo al fin el rey dando libre rienda á sus pensamientos, qué quiere entre nosotros este perro infiel?

Muza contuvo con una mirada á Gaston y contestó:

—Es mi huésped, señor, un amigo á quien debo la vida, y á quien he convidado á morar algun tiempo en mi alcázar.

—Y bien, ese amigo, dijo el rey en mal castellano como pretendiendo ser entendido por Gaston, si mal no recuerdo ha dado en gran parte causa al motin; el pueblo ha sospechado por él de nosotros y está en peligro en Granada; que se vaya, y que diga á sus señores que el rey de Granada les espera sin miedo entre sus mujeres.

—Los reyes de Castilla, mis señores, contestó Gas-

(1) *Capitanes.*

ton, han probado mas de una vez que saben hacer huir como mujeres á tus guerreros.

Muza tembló, y Aixa y Schamsul-llemal palidieron ante la imprudencia de Gaston.

Pero todo era incomprendible en el rey: lo que en otra ocasion hubiera provocado su furor entonces provocó su risa.

—¡Por Allah que eres valiente, rapaz, contestó, y bien mereces que lleves una prenda mia! Segun recuerdo, Muza en otra ocasion me dijo no sé que trueque de armas contigo. ¡Oh! sí, mi pica real que yo le doné á mi subida al trono; pues bien: toma mi alquicel y mi bonete, y cuida de mostrar en tu real que han sido manchados de sangre sobre la persona del rey.

Y arrojó al mancebo su rico capellar de brocado y su bonete de púrpura.

—Vete, le dijo el rey; aborrezco á los cristianos desde el lance de Lucena, y puede acontecer que si estás una hora mas en Granada ponga tu cabeza en una escarpia.

Dicho esto, levantóse, asió de un brazo á Muza, le arrastró consigo á los retretes interiores, y dejó solos á la sultana Aixa, á Schamsul-llemal y á Gaston aturdido con lo que acababa de presenciar.

—Vete, cristiano, vete, le dijo la sultana, y no juegues con el leon que puede despedazarte.

Gaston dió un paso hácia la puerta.

—No, por ahí no, dijo la sultana, aun está reciente el motin y pudiera acontecer una mala ventura. Sigüeme.

La sultana penetró por una puerta opuesta á aque-

lla por donde habian desaparecido el rey y Muza, y Schamsul-llemaal se arrojó instantáneamente en los brazos de Gaston.

—Si, huye, capitan, huye, le dijo, porque yo te amo.

Gaston quiso arrojarle á sus piés, pero ella le rechazó indicándole con un ademan enérgico el sitio por donde habia salido la sultana.

Gaston salió, y fué conducido á la mina por donde habia venido al alcázar de Dar-la-Horra, al de Muza.

Alli tomó la pica real, sus armas, su manto y su caballo, y llevando consigo el almaizar y el bonete del rey, salió de la Alhambra, escoltado con diez ginetes, por la puerta de Hierro, y á través del monte de Dinadamar, descendiendo al rio Cubila (1), y dejando su escolta en la punta de la sierra Elvira, llegó atravesando la falda de esta al real de Santafé, no como habia salido confiado y alegre en busca de aventuras, sino triste, meditabundo, llena el alma de celos y de amor por Schamsul-llemaal.

En tanto Granada habia quedado silenciosa; como aterradas del motin de la mañana, las gentes estaban encerradas en sus casas, y no se veian mas seres humanos que los soldados que escoltaban las taifas de villanos ocupados en recoger cadáveres y en arrojar agua sobre las huellas de sangre.

Aquella tarde una litera magnífica conducida por dos esclavos etíopes y escoltada por Muza y algunos caballeros de su mesnada, salió de la ciudad por la puerta de Bib-Ataubin, y se adelantó en la vega.

(1) Cubillas.

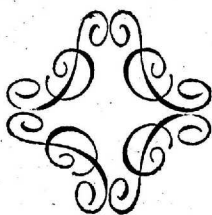
Entonces apareció en los agimeces de la torre, sobre cuyas almenas estaban clavadas en escarpas seis cabezas de nobles ensangrentadas y casi calientes aun: otra cabeza, viva, sombría, ceñuda que clavó la feroz mirada en aquella comitiva que se alejaba.

Era el infante Sidy Alhamar.

Poco despues un hombre cubierto con un albornoz negro y con una toca amarilla salió por la puerta, y siguió lentamente la comitiva y á larga distancia para no ser observado.

La litera llegó al fin, despues de oscurecido, á la villa de la Azubia, y una dama cubierta con un velo y apoyada en el brazo de Muza salió de ella y entró en una casa situada fuera de la villa por la parte que mira á Granada entre un bosque de laurel.

El hombre del albornoz negro y la toca amarilla barbotó un horrible juramento, y se perdió entre los olivares.



XIII.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA Gaston de Vargas entró en el real, mustio, cabizbajo, casi avergonzado.

Sus amigos le recibieron con alborozo, y en especial su primo Garci Perez de Vargas y don Iñigo Lopez de Mendoza.

—Y bien, mi valiente capitán, le dijo el conde tendiéndole la mano, supongo que tras de tí, encerrado en una litera y escoltado por soldados de las atalayas vendrá ese divino sol de Granada.

Gaston suspiró profundamente, y contestó:

—Mal que me pese, señor, ese sol queda alumbrando los ojos de otro, y yo solo traigo el corazón quemado con sus rayos.

Era tan triste el acento de Gaston, tan sentidas sus palabras que Garci Perez y el conde se miraron temerosos de que hubiesen dado hechizos al jóven en Granada.

—Por mi parte, dijo el conde dando de mano á la conversacion de amores, soy deudor por tu ida á Granada de un magnífico bridon árabe, una jacerina, un broquel y un alfanje que un alferez y cuatro escuderos de Muza me presentaron con el mensaje de que el emir te tenia por huésped algunos dias. Y en verdad que esto nos puso en cuidado. ¿Cierto, capitán Garci Perez?

—Confiabamos sin embargo, repuso el preguntado, en la hidalguia del emir. ¡Lástima que tan buen caballero sea nuestro enemigo!

—¿Y qué me cuentas de su alcázar? preguntó el conde á Gaston con la espresion de la envidia, natural en quien habla con uno que ha visto lo que él desea ver.

—¡Ah! señor, contestó Gaston, la Alhambra es la maravilla de las maravillas. El alcázar de Muza parece un palacio encantado con paredes de brocado de menuda labor, sostenidas por arcos de encaje y columnas de alabastro. Es un tesoro encerrado en muros guarnecidos de almenas. Pero, añadió Gaston volviendo á su pensamiento dominante, con el presente te habrán entregado, señor, un pergamino de Muza.

—Si por Dios, contestó el conde, demandando licencia de Sus Altezas para que permanecieses algunos dias á su lado. Y aunque el rey recibió al principio con disgusto esta demanda.....

—Señor... observó en acento de disculpa Gaston.

—No en cuanto al emir, continuó el conde, á quien respeta como un rey guerrero debe á un caudillo tan valiente y tan leal como Muza; pero no quiere que sus caballeros tengan amistades, que son siempre peligrosas, con enemigos infieles.

—Mas yo... balbuceó Gaston adivinando un reproche en el acento severo del conde.

—Si, sé, dijo este, que la casualidad os ha unido, y creo que otra casualidad os volverá quizás á separar. En fin, medió la princesa doña Isabel de Portugal, y la licencia, aunque concedida con disgusto por Sus Altezas, está aqui.

Y el conde golpeó su escarcela.

—¡Oh! dámela, señor, dijo con interés Gaston, porque me precisa usar de ella.

—Tenaz eres, capitán, y sin embargo, si yo no he oido y visto mal esta noche, debes haberte encontrado en uno de esos furiosos choques en que tan á propósito para nosotros se destrozan los moros, porque he visto fuego en sus atalayas, y he escuchado el crugir de sus bombardas.

—Es verdad, señor, contestó Gaston, y contó al conde y á su primo cuanto le habia acontecido desde su salida del real, quitando sin embargo á su relacion lo que tenia de mágico Schamsul-ilemal, y el don de esta del joyel, y el del capellar y el bonete del rey Abou-Abdallah.

—Los enamorados son locos furiosos, dijo el conde dando un pergamino enrollado á Gaston, y dirigiendo la palabra á Garci Perez: sino le damos la licencia de seguro él se la tomará.

Y se despidió de los dos hidalgos.

—Espera, señor, le dijo deteniéndole Gaston, aun tengo que pedirte otra merced.

El conde se detuvo esperando la peticion.

—Préstame por solos tres dias, dijo Gaston, ese caballo y esas armas de que te ha hecho presente el emir.

El conde hizo un gesto de inteligencia y se sonrió.

—Concedido, le dijo; de todos modos yo no pensaba usar de ese presente sino como él use del mio.

—¿Y qué le habeis donado, señor?

—Mi mejor caballo y mi mejor espada, contestó el conde, con el mensaje de que apreciaria medirla con su alfanje. Adios, capitanes; descansa, Gaston, y no te espongas en locas aventuras.

El conde salió, y Gaston, libre ya del respeto que debia á su alcurnia, despidió desabridamente á su primo, cerró su tienda y se echó armado aun en su lecho de soldado.

Envolvióle un sueño penoso; le parecia que el emir era amado de Schamsul-lemal, que las palabras de amor de la jóven solo habian sido hijas de un sentimiento de gratitud; el odio, los celos, un amor insensato en fin hicieron su dormir inquieto, agitado, apenador. Su cabeza ardia, un dolor agudo y pesado atravesaba sus sienes, y cuando despertó un sudor helado cubria su frente.

Era ya tarde; el sol se habia puesto; los escuadrones volvian de forragear, y se escuchaba por todas partes el son de los clarines que tocaban á recoger.

Pronto la noche estendió su manto de sombra so-

bre el hemisferio, y la luz del crepúsculo se confundió con la de la luna.

Gaston salió á la puerta de su tienda, y vió á su escudero Garcés ocupado en limpiar un magnífico caballo árabe de piel negra y lustrosa, de formas descarnadas y ojos centellantes.

—Mientras dormias, señor, le dijo Garcés, dos escuderos de don Iñigo Lopez de Mendoza han traído para tí este caballo, cuyos arneses con otras armas están junto á tu lecho.

Gaston hizo encender una lámpara á su escudero, y á su luz examinó el regio presente de Muza.

Los jaeces del caballo se componian de un luciente caparazon de hierro labrado y dorado con caprichosos arabescos, una gualdrapa de púrpura, y freno y bridas de tafilete.

La jacerina, el broquel y el alfanje eran admirables y su temple duro como el diamante.

—¡Pronto, Garcés, exclamó el jóven, desármame; enjaeza el caballo, y tenle pronto!

El escudero obedeció.

Gaston se ciñó el jaco en vez de su coselete, cubrió sus cabellos con el bonete del rey, y sus hombros con el almaizar, suspendió de su costado el alfanje, abrazó la adarga, y empuñando la pica de Muza cabalgó.

El generoso animal dió un relincho de alegría como envanecido de su ginete, y piafó impaciente hiriendo el suelo con los ferrados cascos.

Entonces Gaston sacó de su escarcela el joyel mágico de Schamsul-Ilemal, le puso sobre su pecho, y con la frente ardiendo y el corazón palpitante de amor, murmuró:

—Hermosa joya, llévame ante la querida de mi alma.

Apenas pronunciadas estas palabras, el corcel partió á la carrera, atravesó las tiendas y salvó las puertas del real, sin que fuesen bastantes á detenerle los gritos de los soldados ni las picas de los guardas; algunos ginetes se lanzaron tras él; pero fué inútil; instantáneamente les dejó avanzando en la vega con la velocidad del torbellino.

Gaston, firme en la silla, cubierta la cabeza con el capuz del almaizar, embrazada la adarga y baja la pica, deslizándose al rayo de la luna sobre aquellos campos, talados, desiertos y silenciosos; fijando la vista ansiosa en los muros y en las altas torres de Granada, gallardo y relumbrante con el brocado real, parecía el genio del Islam que se lanzaba á proteger á Granada.

Pero con asombro suyo el corcel no se dirigió á las murallas, sino que torció hácia la sierra, atravesó de un salto el Genil, y se perdió entre los olivares, dirijiéndose á una colina sobre la cual entre cipreses y nopales se alzaba el alminar de una mezquita, en torno de la cual se veían algunas blancas casas.

Poco trecho antes de llegar á la colina, en el claro de un olivar, Gaston, que habia puesto su caballo al trote, vió venir hácia él un hombre cubierto con una hopalanda negra y ceñida la cabeza con una toca amarilla.

Aquel hombre se detuvo, dejó pasar al ginete, y cuando se hubo perdido entre los árboles, murmuró con odio, engañado por el almaizar y las armas que llevaba Gaston:

—¡El rey!

Su mirada furiosa se perdió chispeando en el oscuro fondo del olivar, y luego, lentamente, paso á paso, con la cabeza inclinada, y los brazos tenazmente cruzados sobre el pecho, tomó el camino de la ciudad.

En tanto Gaston llegó á la colina; penetró en una espesura de laureles y descabalgó.

Un tiro de pica mas allá, alumbrada enteramente por la luna, vió una casa blanca y de techos poco elevados, rodeada por los muros de un jardin.

Aquella casa estaba muda, silenciosa como un cementerio, pero á través de los tapices rojos y transparentes de sus agimeces se percibia el ténue resplandor de una luz.

Un poder superior arrastraba á Gaston á aquella casa, y se encaminó á ella dando vuelta á sus muros.

En la parte oriental perdida entonces en la sombra, halló un caballo atado á un árbol.

Acercóse á él y le reconoció.

Era el valiente Samyel, el corcel de batalla de Muza.

Un poco mas allá del bruto habia un estrecho postigo que se abrió por sí solo y tornó á cerrarse despues de haber dado paso á Gaston que se encontró en un jardin.

Si el jóven no hubiera llevado lleno su pensamiento de la imágen de Schamsul-llemal, indudablemente se hubiera detenido á aspirar el aire balsámico que volaba sobre las flores y entre los arrayanes; hubiera deleitado su vista en las mansas cascadas de las fuentes y de los estanques; hubiera contemplado con

asombro la magnífica arcada velada blandamente en la sombra y destellando opacos fulgores de oro y azul, al suave reflejo que le prestaban las aguas heridas por la luna ; pero Gaston atravesó el jardín sin mirarle guiado por un impulso invisible , subió la gradería sobre que estaban sustentados los arcos , y entró en una opaca galería.

Al frente del jardín había una gran puerta que Gaston dejó á la derecha, y se perdió en el fondo de la galería aventurándose en una estrecha escalera de caracol.

A pesar de no recatarse Gaston, sus pasos no resonaban sobre los peldaños de mármol, del mismo modo que si hubiera sido una sombra ; y así silenciosamente atravesó otra galería , penetró por otra pequeña puerta y se encontró en un recinto oscuro, tras un tapiz que correspondía á un retrete alumbrado por una lámpara.

Detúvose entonces contenido por el mismo impulso misterioso que le había conducido hasta allí, y lanzó sus ávidas miradas al retrete á través de la abertura del tapiz.

Sus mejillas se enrojecieron, sus ojos centellantes lanzaron fuego, su mano empuñó convulsiva el alfanje, y un estremecimiento terrible agitó su ser.

En el fondo de aquel retrete, sobre un divan, velada por pabellones de gasa y por el blanco humo de pebeteros de oro; indolentemente reclinada en los almohadones, y con la ardiente mirada fija en la puerta tras la cual se ocultaba Gaston, que no podía ser visto cubierto por el tapiz , estaba Schamsul-Ilemal, mas hermosa que nunca escuchando con abandono á

Muza, que á poca distancia de ella, sentado en una alkatifa y recostado en el divan, miraba apasionado á la jóven.

Parecia que en aquel silencioso retrete volaba el genio de los amores misteriosos; el ambiente, la luz, los perfumes, los muebles, aun las mismas formas del retrete sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de oro y colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su fuente de mármol en que un blando surtidor murmuraba tenuemente, las brisas que agitaban los tapices y venian á saturarse en los perfumes, todo era allí voluptuoso y fascinador, todo convidaba á amar.

Y ella, envuelta en su blanca túnica menos blanca que su tez; con las trenzas de sus cabellos desordenadas por las fatigas de aquel dia terrible, con el prestigio fantástico de su sin par hermosura, deslumbrante, indolente, enamorada, era un arcángel del sétimo cielo, sobre cuyo redondo seno, Allah, satisfecho de su hermosura, habia colocado el brillante y protector talisman signo de su poder.

Y Muza no era ya el guerrero de semblante adusto, de mirada amenazadora y altivo talante; sus ojos se posaban ávidos en ella, devoraban uno á uno todos sus encantos, absorbían el misterioso ser de la niña, y no sé veia en ellos otra cosa que la espresion de un amor insensato, superior en él á sus creencias, á sus odios, á sus deberes; habia olvidado la vision de los Siete Siglos, y habia caido sin fuerza ni voluntad ante Schamsul-Ilemal, como en otro tiempo el sabio rey Salomon ante la hermosura de la reina de Saba.

El arnés damasquino y las armas del emir arroja-

das entre las flores y los pebeteros, lanzaban siniestros reflejos; cual si las empañara aquel ambiente de perfumes, de molicie, de voluptuosidad.

Callaban entrambos perdidos en sus recónditos pensamientos; ella con el alma entera reconcentrada en el recuerdo de Gaston; él, mudo de admiracion, de pasion, de felicidad.

Cada vez que una ráfaga mas fuerte de las brisas hacia oscilar la luz de la lámpara, agitando al par los anchos pliegues de la túnica de Schamsul-llemal, desordenando parte de sus cabellos destrenzados, arrojando sobre el emir el suave aliento de la hermosa jóven, parecia ver descorrerse el velo del infinito, que un espíritu inmortal y poderoso le mostraba las huries y las hadas pasando sobre blancas nubes al rayo de la luna, con las túnicas flotantes y los cabellos sueltos como una aureola de ambrosia, y su alma se envenenaba mas y mas, y su respiracion era mas ardiente y su pensamiento mas insensato.

Y asi pasaron largo espacio, ella la mirada fija en el tapiz que ocultaba á Gaston, el emir anegado su espíritu en el ser de Schamsul-llemal.

Pero como si su alma hubiera sido estrecha para contener tanta emocion, como si un poder superior le hubiera lanzado á la jóven, suspirante, frenético, asió una de sus manos, la cubrió de ardientes besos, y pretendió rodear su talle gentil; pero, como si la hubiera mordido una serpiente ponzoñosa, Schamsul-llemal dió un grito; desasióse de Muza, y se puso en pié de un salto, fiero, irritado, amenazadora, con la mirada centellante fija en el emir, que habia quedado prosternado á sus piés.

Gaston quiso adelantar, gritar, colocarse entre Muza y Schamsul-llemal; pero un poder invencible dominaba sus movimientos y su voz.

—¿Quién eres tú, dijo Schamsul-llemal á Muza, que te atreves á tocar mis manos? ¡Ah! ¡el emir Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡el guerrero que se aduerme junto á una mujer, entre flores y perfumes, mientras los cristianos corren la vega, mientras que los traidores levantan quizá el puñal ocultos entre los tapices del divan donde duerme el rey!

—¡Yo te amo! dijo con voz conmovida Muza.

Schamsul-llemal no amaba al emir, pero tampoco le aborrecia; si como amante le rechazaba, como valiente, como caballero le prestaba el tributo de admiracion que nadie le habia negado, entrando en cuenta sus mas encarnizados enemigos.

Schamsul-llemal suavizó su acento, miró sin odio á Muza, y le dijo:

—Levántate, emir, ¿qué quieres de mí? Yo no puedo amarte, pero puedo protejerte, hacerte invencible, darte el poderoso talisman que rodea mi cuello, y lanzarte como un rayo sobre tus enemigos. Puedo ser tu hermana, Muza, però tu esposa jamás.

—¡Oh! y yo quiero tu amor, contestó el emir, levantándose y adelantando hasta la jóven que retrocedió. ¿Qué me importan el rey, ni Granada, ni los siete cielos de Dios, si no te tengo á ti, luz de mi alma, blanca gacela que atraviesas el desierto de mi vida? Amame, y yo seré tu esclavo, y romperé mi espada por tí, y me encerraré contigo hasta la muerte en el mas hermoso y sombrío retrete de mi alcázar.

Habia llegado la hora de la prueba para Muza: de

la fuerza de su corazón estaban pendientes su porvenir y el de su patria; y sin embargo el desdichado cedia á su destino funesto; todo lo habia olvidado, solo tenia ante sí á Schamsul-llemal incitante en su pudor y en su orgullo, altiva y afable á la vez, radiante, embellecida por el genio enemigo del Islam.

Schamsul-llemal tembló por la razon de Muza.

—¡Despierta, emir! le dijo, ¡despierta! un espíritu tentador te envuelve en sus alas. ¡Despierta y creeme! ¡Mi amor jamás será tuyo!

—¡Nunca! murmuró Muza aterrado.

—Nunca, emir, le contestó dulcemente Schamsul-llemal.

Muza bajó la cabeza anonadado; sus brazos se tendieron á lo largo de su cuerpo, y temblaron sus rodillas.

De repente levantó la cabeza, sus ojos radiaron con la sublime expresion del entusiasmo tan frecuente en ellos, soltó una larga carcajada, y miró de hito en hito á la jóven.

Muza habia dado el primer paso en la terrible senda de la locura.

—Si, es verdad, dijo á Schamsul-llemal, la patria me llama; el rey necesita un amigo, los nazarenos un castigo á su insolencia; si, es verdad, añadió asomándose á un agimez y mirando al lejos en la distante vega; allá entre lo oscuro veo las luces de su real; ¡duermen tal vez! ¡que toquen al arma! quiero arrojar á los cristianos mas allá de las fronteras; y luego entrar por su tierra y llegar hasta Aragon y Castilla. ¡Oh! y cuando yo sea rey, cuando vuelva rodeado de la aureola de mi gloria, ella me amará,

porque las hermosas aman á los valientes. ¡Oh! si, yo conquistaré su amor anegando hasta las cinchas á Samyel en sangre de cristianos.

Y lanzó otra larga carcajada.

Schamsul-llemal se estremeció al medir el inmenso abismo del amor del emir: un silencio profundo siguió á su risa insensata.

De repente sus ojos se dilatarón, pasó la mano por su frente, miró en torno suyo como si despertase de un sueño, y la luz de la razon volvió á aparecer en sus ojos. Schamsul-llemal, que le observaba, respiró como aquel á quien alivian de un gran peso, y se sentó en el divan.

Muza recordó entonces la vision de los Siete Siglos, vió en el cuello de Schamsul-llemal el talisman salvador, y por un momento el amor al rey y á la patria dominaron en su corazón.

—He soñado, dijo á Schamsul-llemal avergonzado de su debilidad, me he olvidado por tí de mis deberes de muslim y de caballero. ¡Oh! ¡por Allah! ¡antes qué todo es necesario salvar á Granada! Dame tu talisman, Schamsul-llemal, y yo te juro olvidar mi desdichado amor, y pasar á una tierra estraña y morir en ella despues que haya vencido á los cristianos.

Si un momento antes hubiera hecho á la jóven tal demanda, el talisman hubiera tornado invencible á Muza, pero despues de la lucha anterior tuvo miedo de despojarse del amuleto que la protejia, temió ser objeto de la violencia del emir, y tembló al pensar que la sangre de Gaston podia ser vertida por su imprudencia.

Muza vió una negativa en el silencio de Schamsul-

llemal, se irritó, y con la irritacion volvió á su demencia y á su furor.

—¡Oh! exclamó, ¡ni tu amor, ni mi honra! pues bien, yo te arrancaré esa joya preciosa, y serás mia, esclava, y venceré. ¡Por que tú eres mi esclava! ¿lo entiendes? gritó arrojándose á Schamsul-llemal.

Gaston tembló de cólera tras el tapiz, pero como antes se encontró sujeto y sin voz.

Pero sin su ayuda la acometida de Muza fué inútil, parecia que rodeaba á la jóven un círculo de diamante.

El emir conoció su impotencia, y se arrojó sollozando á los piés de Schamsul-llemal.

—¡Oh! tú, quien quiera que seas, la dijo, mujer ó genio, ángel ó demonio, vuélveme la paz de mi corazón ó estérminame.

El acento de Muza era desesperado; Schamsul-llemal vaciló, y puso la mano sobre el talisman; pero acordóse de Gaston, del amor furioso del emir, y tembló.

—No, dijo retirando su mano del broche del collar; ¡que se cumpla tu destino, emir!

Muza lanzó una mirada de inmenso sufrimiento á la jóven, se levantó lentamente, tomó su espada y su lanza, rodeó á su brazo el almaizar en un movimiento desesperado, y exclamó, lanzándose fuera del aposento por otra puerta frontera á aquella en que estaba oculto Gaston:

—¡Que se cumpla la voluntad de Allah!

Y frenético, con el corazón desgarrado de dolores, y la desesperacion en el alma, salió fuera de la galeria y del jardín, cabalgó de un salto en Samyel,

se arrojó á la carrera sobre el camino de la ciudad, y se perdió entre las brumas y el silencio de la noche.

Cuando dejó de resonar la carrera de Samyel, Schamsul-llemal corrió á el tapiz que ocultaba á Gaston, le asió de una mano y le introdujo en el retrete.

—¡Oh! exclamó la jóven arrojándose en sus brazos, ¡á tí si que te amo!

Gaston palideció de amor, cogió entre sus manos la cabeza de Schamsul-llemal, la contempló con delicia, y dominado aun por el recuerdo del acontecimiento anterior, murmuró, midiendo por su felicidad la inmensa distancia que separaba su fortuna en amores de la del emir:

—¡Infeliz Muza!

—¡Oh! si, ¡desdichado! contestó Schamsul-llemal desprendiéndose de los brazos de Gaston y sentándose en el divan.

Los dos eran generosos. Schamsul-llemal debía su libertad á Muza, y Gaston habia sido objeto de su amistad. Entrambos respetaban y amaban al emir con el amor de la admiracion; pero eran jóvenes, enamorados, estaban solos, y aquella impresion penosa duró en sus almas lo que dura en la superficie de un lago el ondulante círculo causado por la caída de una lágrima.

Despues se entregaron sin reserva á su amor, amor naciente, pero inmenso, amor al que habian nacido predestinados y cuya pureza no manchaba el recuerdo de otros amores. Amor invencible, revelado en la primera mirada, espresado en el primer suspiro, contenido solo un momento ante las miradas estrañas, pero impetuoso, rico de sensaciones y de delirios, de

sueños purísimos y de goces inmensos; entonces que estaban libres, por que los esclavos y los guardas dormían, como si un genio protector de los enamorados hubiese arrojado sobre sus párpados el mas profundo de los sueños.

Y entregados á su felicidad, reían como locos y lloraban como niños, y la luz de la lámpara parecia amortiguarse envidiosa de tanta dicha.

Y ni uno ni otro se contaron su historia, ni pensaron en el porvenir; porque el presente llenaba sus almas, y les envolvía en sus alas la hada de los amores y gozaban hasta lo infinito la parte de locura y de olvido de las penas humanas, que Allah ha concedido al hombre para darle un solo momento de paz en su larga y penosa peregrinacion sobre la tierra.

Pero en medio de este sueño de amores, hasta el centro del silencioso retrete, conducido á través de los agimeces por las alas de las brisas, llegó el sordo rumor de pasos de caballos, el crugir de armas y el murmullo sordo de algunas voces á poca distancia del pequeño alcázar de Muza.

Gaston fué á un agimez, y miró al campo en direccion á donde sonaba el rumor de las voces; entonces vió mas allá del laurel, por la parte occidental, sobre el camino de la ciudad, una pequeña casa en que no habia reparado á su llegada; junto á ella, heridas por la luna, lanzaban destellos las armas de algunos soldados moros, y se oía el relincho de los caballos y el ruido de las armas de los soldados que habian descabalgado.

Schamsul-llemal miró tambien aquella gente.

—Nos guardan ó nos espian, dijo la jóven. ¡Oh!

añadió dándose un golpe en la frente. ¡Tengo un deseo! ¿por qué no salir de este retrete burlando su vigilancia? ¡mira, la noche está serena! ¡las auras soplan mansamente! ¡llévame, Gaston mio, sobre el lomo de tu caballo, reclinada entre tus brazos, á través de esos campos al rayo de esa luna! ¡me sofocan los perfumes de que siempre me han rodeado, pesan sobre mí las cúpulas, me ahogan los muros! ¡Llévame, Gaston mio, sobre tu corcel! ¡que respire yo tu aliento, con las brisas impregnadas de aromas de los campos!

—¡Oh! ¡si aconteciese una desventura! observó Gaston.

—No, no, mi talisman te protegerá, dijo Schamsul-llemal desprendiéndose del collar y poniéndole en el cuello de Gaston. ¡Oh! que hermoso estás, amado mio; parecen luceros tus ojos, y una aureola de luz circunda tu frente. ¡Cuánto te amo!

Y en verdad que Gaston ataviado con las galas del rey, rodeado su cuello por el talisman, cubiertos sus rubios cabellos por el bonete de púrpura, adolescente casi, con semblante de niño y mirada de valiente, hubiera inspirado amor á otra menos predispuesta á amarle que Schamsul-llemal.

Y además de esto, apenas el collar estuvo prendido á su cuello, Gaston sintió un estremecimiento poderoso; parecióle que una llama ondulante rodeaba su cabeza y lamia sus formas, que luego se infiltraba á través de su piel, encendía su sangre y se concentraba en su corazón; sintióse mas fuerte, mas audaz, mas enamorado; asió á Schamsul-llemal por la cintura, la levantó del suelo como el viento levanta-

ta una hoja seca, y salió con ella fuera del retrete, de la galería y del jardín; llegó al laurel, desató su caballo, puso sobre el arzon á Schamsul-llemal y cabalgó.

Entonces la jóven rodeó su cintura, reclinó la cabeza en su hombro, y el caballo caracoleó relinchando alegre, corrió sin direccion abandonado asimismo, dilató las anchas narices, sus largas crines se levantaron abriéndose como el penacho de una palmera, irguió el cuello, y se lanzó á la carrera atravesando la vega, saltando acequias, salvando vallados.

Y los cabellos de Schamsul-llemal, destrenzados enteramente por aquel violento empuje, envolvian la cabeza de Gaston, y su túnica crugia ondulando junto al almaizar del jóven, y sus manos se enlazaban estrechamente, y sus alientos se confundian.

Y allí, donde habia un arroyo murmurador, á la sombra de una acacia, bajo las estalácticas de una gruta, en las vertientes de la sierra, Schamsul-llemal hacia detener á Gaston, y se deslizaba con él del caballo, y loca de alegría lo llevaba corriendo á través de los bosques, ó en el seno de los valles, ó sobre la cumbre de los collados.

Y se sentaba fatigada, y tornaba á cabalgar, y decia á el jóven trémula de amor y de felicidad:

—¡Corre, Gaston mio, corre! ¡mas aprisa, que el viento mezcle mis cabellos con tus cabellos, y tu túnica con mi túnica! ¡corre, Gaston mio, corre!

Y el enamorado mancebo clavaba los acicates en el hijar del bruto, y este, como avergonzado de que hubiesen castigado su pereza, redoblaba su carrera, y corria sin saber adonde, suelta la rienda y cubierto de sudor.

Y así, ora recostados sobre el césped, ora conducidos por el caballo, pasaron una noche de amor y de locura, sobre aquellos campos en que se posaba sangriento y fatidico el espíritu de la guerra.

Al cabo la aurora orló con una blanca faja de luz la cumbre de las sierras; cantaron las aves en sus nidos, y un ruido sonoro se levantó en los lejanos confines como el hálito del hemisferio que despertaba sacudiendo el manto de la noche.

Granada empezaba á destacar sobre su cabeza de montes su corona de torres, y en las mezquitas de las aldeas, no incendiadas aun por los cristianos, los muedenes llamaban á la oracion de azobih.

Schamsul-llemal despertó tambien entre los brazos de Gaston, y le dijo sonriendo y suspirando á un tiempo:

—Amado mio, es preciso separarnos; conduceme á mi última cárcel.

—¿Y por qué no al real de mis reyes? repuso Gaston.

—Es preciso que se cumpla mi destino, contestó ella; conduceme.

Gaston, para quien eran leyes los deseos de Schamsul-llemal, colocola sobre el arzon, cabalgó, condújola en una carrera á la casa de la Azubia, y detuvo su caballo en el bosque de laureles.

Entonces se entreabrió el tapiz que cubria una ventana de la pequeña casa situada junto al camino, y asomó la cabeza de Sidy Alhamar, sombría y pálida por efecto de la velada, y clavó su vista en el grupo de los dos jóvenes.

Gaston estaba vuelto de espaldas; ella, á caballo

aun, mostraba su hermoso semblante vuelto hácia Gaston y sonriéndole, mientras desprendia de su cuello el talisman que colocaba en el suyo. Luego puso sus manos sobre los hombros del jóven y sostenida por él se deslizó hasta el suelo.

Gaston la sostuvo un momento entre sus brazos, inclinó su cabeza hasta el semblante que Schamsullemal le presentaba, y un doble y sonoro beso resonó entre los laureles.

Gaston la dejó en tierra, y ella se alejó ligera y vaporosa entre el bosquecillo de laureles, volvióse, saludó al jóven con la punta de su velo, y se perdió rodeando la cerca del jardin.

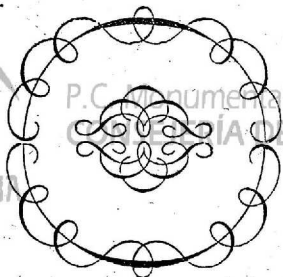
El capitán entonces se cubrió la cabeza con el capuz del almaizar, afianzó su pica, envolvió el caballo, y se lanzó á toda carrera en direccion al real de Santafé.

Entonces se abrió la puerta de la casa vecina á la de Muza, y salió el hombre del ropon negro velado el semblante con la toca amarilla, se detuvo un momento mirando al ginete que se alejaba, y murmuró:

—Si, es el rey, reconozco su almaizar, su caballo y su pica. Por el Koram, Abou-Abdallah, que poco he de ser, ó he de pagarte á puñalada por beso.

Luego se acercó al sitio donde se habian despedido los dos jóvenes, cortó una hoja de laurel de la enramada que habia rozado con su túnica Schamsullemal, y tornando á la casa, salió poco despues de ella montado en un asno, y seguido de un alférez y diez almoravides que conducian sus caballos de la brida.


Cerróse la puerta por dentro, cabalgaron los ginetes, y siguiendo al hombre del asno, entraron en Granada por Bib-Ataubin, cuando el sol se levantaba ya en los horizontes.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
COMISIÓN DE CULTURA

XIV.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA


Y así pasaron una tras otra con aquella noche seis
noches más.

Al trasmontar el sol de cada tarde anterior á ellas, el emir salía de Granada ginete en Samyel por Bib-Ataubin, y se dirigía á la Azubia.

Poco despues, caballero en su asno, escoltado por el alferez y los diez almoravides, el hombre de la toca seguía paso á paso el mismo camino que habia tomado el emir á la carrera, y llegaba despues de oscurecido á la casa vecina á la de Muza, llamaba á su puerta y la puerta se abría.

Subía él á los retretes interiores, dejando en el

patio á los almoravides, que por cierto no dejaban de murmurar del rey por haberlos entregado al capricho de aquel astrólogo, que les hacia pasar sendas horas al sereno espuestos á los frios aires de la sierra, y lo que era peor, á las algaras de los cristianos que no cesaban de incendiar aldeas, matando á las cuadrillas de moros que por imprevision ó temeridad se aventuraban en la vega; pero el astrólogo sin cuidarse de hablillas se posesionaba de un agimez, y pasaba en el la noche, no consultando las estrellas segun creian los soñolientos almoravides, sino fijando la vista á través del bosque de laureles en la casa de Muza, donde se albergaba Schamsul-llemal.

Y aquellas cinco noches como la primera, Muza habia suplicado en vano á Schamsul-llemal, y se habia irritado tambien en vano, y al fin habia salido mas loco y mas triste de la casa; dejando tiempo y libertad á Schamsul-llemal para delirar en los brazos de su amado, de quien se despedia con un beso siempre al amanecer, volviendo loca y alegre á su retiro.

Y aquellas cinco alboradas como la primera el astrólogo habia creído reconocer en Gaston al rey, y habia cortado una nueva hoja en la enramada que habia rozado la túnica de Schamsul-llemal.

Y llegó la oracion de almagreb de la noche sétima, y Muza desesperado, demente, se levantó de su divan de pieles de tigre donde yacia postrado por la fiebre, abrió las arcas de su tesoro y sacó de él el cofrecillo de la sultana y el de ágata donde guardaba las siete hojas de laurel.

Sentóse en la alfombra y puso ante sí los cofrecillos.

Su mirada era insensata; una palidez enfermiza cubria su semblante, sus ojos se habian hundido, y en sus mejillas las lágrimas habian señalado un surco de fuego.

Abrió el cofrecillo de hierro y sacó el retrato; luego tomó el rizo de cabellos, le besó con emocion, guardóle en su seno, leyó lentamente una tras otra las cartas, pásolas con el retrato, cerró el cofrecillo de la sultana, y abrió el de ágata.

De sus labios salió un grito ahogado; el decreto del destino se cumplia; por cada vez que se habia arrastrado á las plantas de Schamsul-llemal habia perdido una hoja; de las siete solo quedaba una en el cofrecillo.

—Pues bien, á la lid, dijo recobrando en fuerza de su desesperacion la energía de su carácter; no caeré Muza sin luchar. ¡Hola! ¡Abd-el-Kerim!

Un momento despues apareció el katib á la puerta.

—Mi valiente anciano, le dijo Muza, haz venir á mis walies y arrayaces; que para mañana antes de el amanecer todos los peones y ginetes granadinos esten prontos fuera de las puertas de la ciudad que dan á la vega; que se avise al rey por si quiere cabalgar con nosotros empuñando su pendon real, y que se apresten cuatro tiros gruesos (1) para entrar en batalla. Mañana vamos á asaltar al enemigo dentro de sus reales.

La alegría brilló en los ojos del valiente Ad-el-Kerim.

—Y bien, emir; le dijo, tus órdenes serán cumplidas; asi te conceda Dios buena ventura.

(1) Cañones ó bombardas.

Y salió.

Muza se ciñó apresuradamente su arnés, tomó consigo el cofrecillo de hierro, montó en Samyel, salió de la Alhambra, y por la puerta de Bib-Ataubin se lanzó en la vega.

Como las seis tardes anteriores siguióles paso á paso el astrólogo escoltado de sus almoravides, y según su costumbre se puso á observar desde el agi-
mez vecino la casa de Muza.

Este habia entrado en ella, y por la sétima vez, arrojado á los piés de Schamsul-llemal, le demandaba amor.

Por la sétima vez este amor fué negado con tanta mayor crueldad cuanto habia acrecido el de la jóven hácia Gaston.

—Pues bien, dijo Muza, mi plazo se ha cumplido y no me queda mas que morir. Mañana asaltaré los reales cristianos, y si no venzo Allah tendrá piedad de mí. Si muero, eres libre, Schamsul-llemal, la dijo Muza mirándola con los ojos arrasados en lágrimas, y solo te pido que me pagues mi desdichado amor entregando este cofrecillo á la sultana Aixa.

—¡Mañana, señor! dijo Schamsul-llemal conmovida, impulsada por un sentimiento distinto del que le atribuyó el emir en su egoismo de enamorado. ¿Vas á entrar en batalla mañana con los cristianos?

—Sí, contestó Muza; pero Dios que es invencible peleará conmigo, y si triunfo ó sobrevivo yo mismo vendré á recogerte ese cofre. Toma.

Y entregó á Schamsul-llemal un pergamino en el que le daba la libertad como señor, á ella que era su esclava.